

2022

GANADORES Y  
GANADORAS PREMIO  
ROBERTO BOLAÑO

# Lecturas breves





2022

GANADORES Y  
GANADORAS **PREMIO**  
**ROBERTO BOLAÑO**

# Lecturas breves

**SOBRE EL PREMIO**

**2022**

---

El premio Roberto Bolaño a la creación literaria joven es el reconocimiento que el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través de la Secretaría Ejecutiva del Libro y la Lectura, ha establecido para las nuevas generaciones de escritores y escritoras.

Creado el año 2006, en honor al escritor de *2666* y *Los detectives salvajes*, en sus quince años de trayectoria ha reconocido a algunos de los exponentes literarios más relevantes de la escena local, como Constanza Gutiérrez, Bruno Lloret, Victoria Ramírez, Diego Zúñiga y Paulina Flores, entre muchas y muchos más.

Desde 2021, el premio cuenta con esta publicación para difundir la obra de sus ganadores, buscando que el talento joven tenga una nueva vitrina y, de paso, abriendo también la posibilidad de que este semillero de nuevas voces logre llegar a lectores y lectoras.



---

# Prisma de la suerte

Emilia Mateluna

## **El gato negro tiene quince vidas & camina con una taza**

La carnicería del templo sigue arrastrando  
hacia el lago todo peso perdido. Cerca hay  
un balcón lleno de malas madres  
& son las hijas de las peperomias & las sansevierias.  
Sé que cada mala madre tiene un sueño,  
todas son malas porque pueden vivir.  
Así que quitaré cada legaña de la cara que veo despertando,  
la boca rosada que bosteza al lado mío. Lo que se llora se queda  
en tu almohada durante el rato en el que oyes otras lágrimas,  
otras manos, otras caras, otras palabras. Mantienes una fortaleza  
desde que crecieron tus buenas raíces.

5

Tengo una rama de buganvilla esperando por ti,  
pasará por tu cabeza como un portal de buena suerte  
& tendrás en tu velador [& en tu todo] gatos de la fortuna & mamushkas de colores  
que marcharán en la luz & así no dormirás doblada.  
Eres una drusa que merece estar rodeada de prismas transparentes  
que te reflejen el arcoíris en tu amanecer  
mientras las campanas limpian la conciencia.  
Ha pasado un largo tiempo & seguiré pasando hasta que dejemos de contar.  
Teniendo todos los juegos en una casa, un hogar dentro del cuerpo,  
un jardín inmenso, un mar de tarántulas. Las figuras de los dinosaurios quedan  
sobre la mesa observando lazos & uniones en todo el amor.  
Mi pequeña yo estaría feliz de saber que encontré a alguien como tú,  
mi yo del presente está feliz todos los días.

## Vidriera de antigüedades

Rodea de sangre el calor del cemento.  
La arena queda manchada de cicatrices  
& yo sé la verdad de la noche.  
La callo todo el tiempo cuando no se repara  
como si asfixiara las patas & las garras de una liebre,  
pero ella está más que cómoda  
& sigue estando a salvo.  
Yo misma me salvé la vida.  
La liebre café es mi agudeza de ser cazada  
por el agua & por la miseria.  
La calesita de la noche & la canción de  
la cajita musical  
son regalos de hombres muertos  
recorriendo sus dedos por mi pelo.  
Son baúles de un barco de inmigrantes grises.  
La liebre corre animada escapando de la realidad,  
hoy día me traspasó una herida abierta  
que no suelta.  
Esa gota cristalina que rebalsa la basura.  
Cualquier persona es de la calle,  
cualquier calle te comprime con su asquerosidad  
& el choque del agua.  
El piso de baldosas cuadradas hace rituales de bienvenida.  
Oigo los pasos que se afirman,  
rompen el vidrio con las palmas abiertas.  
Tienes que convertirte en los puños sangrantes  
que tienen todos los santos.

## Piensa en grande

Eres mi liebre saltando entre calabazas.

Eres la liebre blanca, corres a abrazarme.

Recibes el oro, el bronce & la plata, la correspondencia.

Nos sentamos en troncos partidos, estornudo &

recibo tu salud! de inmediato, es una bendición en mis ojos abiertos,  
en las perlas de tus manos.

Cálices vacíos rodan por el pasto, el metal es sucio, te sorprenderá.

Gibosa creciente, la luna está puesta en virgo & saca todo el arte de mí.

Las velas siguen encendidas, ato lazos a tus dedos como un hechizo de ensueño,  
te digo que debes dormir, las luces no se apagan.

Te dejaría abrir & liberar las jaulas de todas formas.

Las catitas te regalarían mil besos, las aves dejarían de ser un encierro.

El tronco partido te daría una pluma de pavo real para tu pelo.

En este caso conservo las flores que me has dado

& por ellas no acumularé nunca ningún mal, las tendré rondando  
en mis cosas como pedazos & mensajes, caos & comodidad.

Lo que sucede es que en esta casa no puedo sacar nada de lo que has usado:

mantengo por horas los vasos a medio tomar, las latas de Dr Pepper vacías, la taza  
donde te serví, la tetera donde te preparé el té; puedo seguir. Dejo las bolsitas, los  
envoltorios, las boletas, los papeles de las galletas de la fortuna.

Te regalé un par de palillos chinos de madera con dibujos azules

& los míos deben estar por aquí en alguna parte.

Sigo despierta, me desperté más temprano. En el techo

puedo observar a una araña gigante que prepara su telaraña para

atraparme a través de la luz de la ventana, el amanecer paciente & la miel que  
derrite su boca como tallos recortados. Diferente reino de hormigas. Esa araña  
eres tú & vienes a cuidarme con todo tu amor.

## Será que algún día el puente estará intacto

Las tarjetas negras se amontonan,  
solo avisos de demoliciones internas.  
En la entrada cada paso será marcado  
& veo que eso resulta ser ninguno.  
De esto se trata, me hace llorar.  
En la marea de gaviotas, palomas, tórtolas, zorzales  
siempre hay alguien con el cuello herido.  
Un choque de mundos con voces concretas  
juran la electricidad.

En la calle hay casas de bolsas de plástico,  
sillones sin asiento, perros solitarios que me reconocen.  
Renunciar, solo seguir & renunciar  
a entregarlo todo.

Las animitas invisibles me dan soledad,  
música en el frío de la madrugada.  
Cala mis huesos, rompe capas de piel  
como el fantasma del regreso.

Saludos & recorridos completos, rescato  
cada color anonadado, sacar el sonido,  
tantear el ambiente.

Hay gatos pequeños que merodean  
las discotecas en ruinas, el pasto crece  
por encima de las rejas.  
Eso es todo lo que amanece, & de noche sé  
lo que hay que salvar, por dónde  
hay que continuar para salir bien de esto.

Conozco los depósitos,  
a los viejos & a las locas con la mirada perdida



en la nariz en la bolsa de neopreno,  
espíritus que dominan hogares.  
Habitar como un parásito-huésped sin invitación  
que necesita algo que no puede entregarse.  
En el fondo nunca se consigue.  
Tú verás qué es lo que logras.

Se quema el puente Purísima entre medio  
& hasta el Mapocho es un altar

Alimenta un cadáver,  
hay que llevarlo conmigo.

Conozco lo desagradable.  
La muerte & los tiros, un cerro  
interminable, petardos para destruir el sueño.  
Hay botellas rotas cada madrugada.  
Cuando sale la luz trato de no caerme entre las esquiras,  
trato de no ser arrojada al pavimento por las partes rotas.  
Yo no pediré ser el vidrio.

Nadie la está pasando bien  
en esta fiesta que es Bellavista,  
ni siquiera el hogar se rompe.

Sólo sé que hay que arrastrar los cuerpos  
de lo que alguna vez fuimos todas nosotras.

## **SOBRE EMILIA**

---

Emilia J. Mateluna González (Santiago, 2005) fue criada en conjunto con su familia y con el grupo de amigos de su madre y de su padre. Estudia en el Liceo Carmela Carvajal, escribe prosa y poesía todos los días, lee el tarot, pinta, dibuja y adora los insectos y las plantas. Su libro favorito es *Manual para mujeres de la limpieza*, de Lucia Berlin.



---

# Negrura Total

Benjamín Miranda

## Uno: Senderos

1.

Todo se desvanece para convertirse en espacios negros. Todo. La calle, la vereda, los árboles, las personas, los edificios, las estrellas, la luna y el mundo entero.

Todo lo que está a la vista se va de una manera fugaz, sin aviso alguno. Ahora, la Negrura Total. Silencio absoluto. Nada más que ver, oler o sentir. Se siente como haber muerto solo para que al final no haya nada; ningún Cielo feliz y gratificante, solo oscuridad.

La negrura sonora continúa por unos cuantos segundos —quizá— hasta que se perciben a lo lejos unos pasos. Pasos primero suaves, luego devastadores. Comienza a sentir un terror inmenso. Pero bueno, de igual forma es agradable escuchar y sentir de nuevo, aunque sean solo esos pasos y ese terror. Sentir se siente bien.

Eso se acerca. Cada vez más.

Espera para recibir su final definitivo, si es que algo así existe. Quizá el Cielo sí existe después de todo y esto es solo una fase anterior.

Quizá.

Quedan diez metros; luego seis, tres, uno.

El fin ha llegado por fin.

2.

Gabriel Hernández abrió los ojos.

Todo apareció, tan veloz que al principio nada era claro.

¿Dónde estaba?

En un par de segundos, lo borroso pasó a ser nítido. Se encontraba en su habitación. Ahí estaba su celular, su velador, su librero, su clóset, su ropa que, por cierto, no llenaba de muy buena forma el ya nombrado clóset, ya que una gran parte de ella estaba lavándose; sus paredes, su techo y su cama.

¿Qué había soñado?

Gabriel tenía la costumbre de anotar sus sueños al despertar. Quizá juntos podrían formar una premonición o algo parecido. Nunca le iba mal al intentar recordar cuál había sido el sueño de la noche, pero ahora parecía que el resultado sería otro.

Su vista estaba muy aguda; sus recuerdos, en cambio, difusos.

¿Cómo se había sentido durante el sueño?

Tampoco pudo recordarlo. No es que se fuera a morir por no saber qué soñó, pero el tema había captado el interés de Gabriel. Quizá era la pieza que faltaba en el rompecabezas y su cerebro la había eliminado para no alterar nada en la realidad. Podía ser eso o cualquier otra cosa. De todas formas, era importante.

¿Qué había en su sueño?

No encontró respuesta alguna, así que se fue a trabajar. Ya lo recordaría cuando fuera el momento.

3.

Siempre se entretenía mucho en el trabajo.

Después de un tiempo buscando algún empleo, pudo encontrar uno como vendedor en una librería. A Gabriel le gustaba bastante leer, así que aceptó sin pensarlo siquiera. Su misión día a día era decir: «¿Puedo ayudarle en algo?», cada vez que un cliente entraba y, si alguien se decidía por comprar, debía atenderlo y hacer todo lo necesario para que el comprador quedara satisfecho y volviera; más de una vez, si era posible.

Le tocaba turno los días martes, jueves y sábado de cada semana. En los días restantes, un tal Martín Figueroa se encargaba del trabajo. Las veces que Gabriel tuvo contacto con él, no le agradó mucho. Algo en su sonrisa y en sus repentinos movimientos del dedo índice lo inquietaba. Aun así era probable que el señor Figueroa no hiciera mal su trabajo: ya llevaba un año y medio trabajando en la librería Senderos.

En algunas afortunadas ocasiones, Gabriel se encontraba con ciertos clientes que tenían gustos parecidos a los suyos. Así era mucho más fácil entablar una conversación con el comprador y agradarle. Además, se la pasaba de maravilla. Hablar de algo que le gustaba era equivalente a dejar atrás todo y

disfrutar por unos minutos. Conversar sobre todas esas ideas que le quedaban luego de leer una novela se sentía como vaciar todo para que dentro de él quedara solo

(negrura total)

luz llena de más posibilidades de disfrute.

Siempre disfrutaba.

Sin falta.

4.

—¿Qué tal el sueño de hoy? ¿Predijo que ganarás el Kino en cinco años más?

¿De quién era esa voz?

Gabriel, que estaba ordenando unos libros que se habían caído por una repentina ráfaga de aire, se dio la vuelta.

Era su hermano Rafael.

—Oh.

—¿Qué onda? Pensé que te pondrías a saltar y gritar al verme.

Lo estaba haciendo, pero dentro de su mente.

—Ya no me nace actuar de esa forma, pero me alegra verte aquí. —Hizo una pausa y luego esbozó una sonrisa—. No, no me ganaba el Kino ni el Loto en mi sueño. Soy incapaz de decir Chao Jefe, no importa cuándo recuerdes estas palabras.

—Bueno, me voy entonces. Pensaba que podría sacarte alguna parte del premio.

Hizo un ademán de irse, pero antes de llegar a la puerta se dio la vuelta y formó en su cara la misma sonrisita de Gabriel.

—Cuéntame entonces, Rafael, ¿qué te trae por acá?

—No lo sé. Creo que solo quería saludarte y ver cómo estabas. —Lo examinó durante unos segundos—. Por lo que veo está todo bien, ¿no?

—En efecto, mi estimado —dijo Gabriel, fingiendo elegancia.

—Muy bien, entonces. Nos vemos luego.

Le dio un abrazo a Gabriel y comenzó a emprender el corto camino hacia la salida, esta vez en serio.

—Oye, espérate un poco.

—¿Qué pasa?

—¿Te interesa algún libro de todos estos? Puedo hacerte un descuento, yo pago el resto.

—Nah, nunca he sido muy aficionado a leer, ¿recuerdas? Siempre que intento leer algo, mi mente se queda en blanco y no capto nada. Bueno, se queda en blanco o en negro, lo que prefieras.

Negro.

Por un instante, lo recordó todo.

5.

Esos pasos aún en la oscuridad. Ese terror aún en su interior. La ausencia de todo, aún en ese extraño espacio.

En la Negrura Total.

6.

—¿Estás bien?

¿De quién era esa voz?

Ah, cierto. Era de su hermano Rafael.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues porque te fuiste al País de las Maravillas por unos buenos segundos.

—Ah, ¿sí? Perdón, me distraje un poco.

—Todo OK, entonces. —Juntó las puntas de los dedos índice y pulgar para hacer el símbolo—. Me voy yendo.

—Nos vemos luego.

Y se fue.

¿Qué había pasado?

Ya no podía recordarlo. Sabía que algo de lo que dijo Rafael provocó alguna conexión en su mente, pero se había deshecho al instante. No importaba cuántas veces repitiera para sus adentros lo que había dicho su hermano, no pasaba nada. Su cerebro no podía unir cabos sueltos por sí solo, al parecer.

Trató de dejar en segundo plano lo que había pasado y seguir trabajando, había muchos libros desordenados aún.

Por mientras, intentó recordar buenos momentos junto a su querido hermano. No pudo, no había nada. Sí, le sonaba su cara, sabía que era su hermano y que se llamaba Rafael, pero no podía recordar experiencias con él.

¿Era cierto que no podía leer un libro porque su mente se ponía en

(negro)

blanco? ¿En qué momento le había contado que pensaba que sus sueños podían ser proféticos en conjunto? ¿Siempre había sido tan considerado como para ir a la librería solo para verlo y saber cómo estaba?

No lo sabía. No sabía nada de Rafael, su hermano.

Vio a una araña de reajo.

¿Era una araña? No conocía ninguna especie con esos colores tan anticuados.

La miró. Parecía que, efectivamente, era una araña. Tenía ocho patas, así que se dijo que no había que cuestionarlo tanto. La araña era de un color verde fluorescente en todo su cuerpo y fucsia en sus patas. Era imposible no verla. Sintió un repudio inexplicable y la mató con la palma de la mano. Claro, no iba a usar un libro, lo mancharía.

## **SOBRE BENJAMÍN**

---

Nació en Concepción y vive en Chillán. Desde pequeño fue motivado por su familia a disfrutar del mundo de la lectura, pero con el tiempo lo fue dejando. Cuando llegó la pandemia, renovó su gusto y añadió a sus aficiones un elemento más: escribir. Hoy es motivado de nuevo por su familia, sus amigos y su profesora de Lengua y Literatura. Además es booktuber (BM Andrex Books, @bm\_andrex\_books), pianista y cantor.



# levanto animitas en cada frontera

Valentina Sarmiento



## **comienza el viaje de las niñas que tienen dolores fantasmas**

ladera norte del cerro que mejor conocemos  
las animitas tienen velas y peluches  
ya es tarde      la cuadra es púrpura  
hay que descender por el camino de adoquín

contemplamos la rencilla  
entre lo que parece ser una persona  
y los ratones del Mapocho  
a la altura del Mercado  
púrpura también los neones  
de una carnicería en la última esquina  
del Paseo Puente      vestimos ropa cómoda  
no tenemos dónde      caernos muertas  
tanto neblumo en el pecho puede aturdir  
quedémonos quietas, cerca  
pero quietas y perforadas  
al aguaito de algún motor que nos lleve al sur  
entonces reímos, aunque bien  
podríamos llorar la pirotecnia  
de nuestros ojos bañados en el púrpura más recio

nuestra misión:

sacarnos de encima  
esta infancia del segundo milenio

la 201 no lo sabe pero nos lleva  
al retorno de los nuevos bríos  
¿cuántas ruedas tiene este trolebús?  
cuatro seis ocho gruñen arrastran  
kilómetros de cables recién cortados  
y antes estas chispas  
pedimos uno dos deseos:

que se despiste el cielo raso al fusil  
que nos vean las cámaras de la unidad de tránsito

mira, trasnochando las máquinas chipeadoras  
trituran los esqueletos que nos camuflaron  
ya no hay plátano oriental, no hay estornudos  
duermen las posibles rutas hacia lugares  
en los que nunca nos recibirían estando sobrias  
y a donde por supuesto nunca iríamos estando lúcidas  
peluquerías, comida al paso, un servipag en ruinas  
el irrefutable cabaret de San Diego con Arauco  
vulcanizaciones teatros cortinas de raso satén  
palmeras galpones muralismo y calor  
dividen a quienes van de quienes vienen  
lo suficiente como para perdernos de vista  
con la guagua empachada en el regazo materno  
y la calma chicha de un tabaco en la plaza Franklin  
suenan los frenazos como lamentos  
de mamíferas heridas nos salvamos  
de quedar varadas en cualquier grito  
y con tanto fantasma en la garganta  
por la ventana se hunde Departamental  
el regate sincero de una mano saludando a otra  
desde buses divergentes por un paso nivel  
¿de dónde llega el vapor hacia los cristales?  
si no es invierno si probablemente estamos muertas

dejamos emoticones de corazón púrpura  
en la parte oscura de los días, estos días  
tanto que nos queda por tachar  
cartas telegramas un mapa spam  
tanto combustible para esta fuga en furia

nuestro evangelio:

no matemos piojos  
que ya no recorren el cráneo

apoyo mi cabeza en tu hombro, la taquicardia  
no te la quita nadie, a mí tampoco  
se nubla y avistamos ovnis o eso creemos  
a medida que nos acercamos al paradero  
una confesión:

aunque somos simples bultos  
hechas de cartílago y elixir  
nuestro corazón pesa más de medio kilo  
y aunque no tenemos certeza  
de si acaso sigue latiendo  
tenemos las venas turgentes, casi azules  
casi negras, púrpura, voy con mi hermana  
sepultada sin herencia  
levanto animitas en cada frontera

## no quisimos morir sin cicatrices

a Samuel

que pisen mis espejos trizados  
que les duela, dice la esquina  
de Santa Rosa con San Gregorio  
que mi tajo reviente también por sus pies  
nosotras peatonas no le prometemos  
resurrección a nadie  
ni al pastizal ni al desierto  
quizás por eso vemos gente  
desesperada en magia negra  
a las cuatro de la mañana  
por el pronóstico de una tormenta  
después de un gran incendio  
que dejó la ceniza como challa  
en el cuero cabelludo de las comunas

*si alguna vez has sido testigo de un demonio de polvo  
pateando en el desierto, has visto un vórtex*

arrastradas por la vaguada costera  
y con un abrazo enrolado  
a las cinco de la mañana  
elevamos el conjuro:  
    que nos traigan hojas de eucalipto  
    un raco que nos perfora el tímpano  
    sacúdanse los robles del Parque La Bandera  
    y dennos lluvia intensa  
porque estamos enterradas   hay que dejar  
bien enterrado al geranio  
te oigo, te dejo tocar mi cabeza  
arremetemos  
contra la fase onírica de nuestra fuga  
retocamos

la lentitud de nuestras pestañas  
desde el rabillo al lagrimal  
y brota el aguacero  
no es invierno ni verano

de repente recuerdo lo que todos nos decían:

*la panacea está en la zona sur de la capital  
acá ustedes nacieron, acá ustedes van a resucitar*

desde entonces dos espectros acechan los alrededores  
de los predios que ahora son autopistas  
pero hay quienes afirman que no se trata de eso:

«son tan flacas que parecen fantasmas  
pero están vivas»

«desde que tienen anemia  
que ven olas de piedra»

«hablan de un vórtex, de un pasadizo»

«quieren llegar a un jardín  
donde el cariño ya no confunda  
las hortensias con cardenales  
y los cardenales con geranios»

## **SOBRE VALENTINA**

---

Valentina Sarmiento (Puente Alto, 1997). Licenciada en Filosofía. Fan de Tool.  
Escribe poemas para sus amigxs.



22



---

# El llamado materno

Diego Chacano Osses

Estás en lo alto de una colina que has subido a pie. Respiras cansada y la mascarilla ingresa involuntariamente hacia tu boca asqueándote un poco. Te la quitas sobre una roca, observando las nubes que se ciñen en el cielo y ocultan el sol. En un par de días, por ley, no se podrá salir más que con un empleo indispensable. Cerrarán la entrada a este lugar también, aunque nunca veas a nadie. Tú eres solo una estudiante en pausa. Ahora estás de vuelta en tu pequeño pueblo, en una cabaña construida al lado de la casa de tus papás, una convivencia que no querías volver a tener y que anhelabas al mismo tiempo. Ves las nubes avanzar. Ves el gris apoderándose de a poco. Nunca tuviste amigos reales aquí y sabes que a tus conocidos no podrás acercarlos ahora.

Vuelves a casa bajando con cuidado. En el camino no hay más que hierba, tierra y un viento helado. Desde la colina solo se veían pinos. Hoy es un día melancólico, nadie te ha hablado por celular, nadie ha llamado ni ha hecho referencia alguna a tu existencia además de los dos adultos en casa. Es un día como el anterior y el previo, la diferencia es la acumulación. Piensas en ese cerro: ha sido un respiro, una pequeña ayuda. De chica pensabas que tu papá lo había construido y, cuando le preguntabas cómo, te respondía que con una pala, acumulando de a poco la tierra y metiéndole árboles. Tú podías creer lo de la tierra, era lógico, lo habías visto haciéndolo a una escala menor. Pero lo de los árboles nunca terminó de convencerte.

Abajo, ya en pendiente plana, ves tu casa, antigua y con la madera descascarada, y al lado tu cabaña. Un poco más allá el corral, las gallinas, los gansos, las cabras y los pollos. Tu madre y tu tío han de estar viendo televisión. Ven mucha televisión si no tienen obligaciones que cumplir. Él viene seguido desde que tu padre no está, y siempre que entras están viendo televisión. Tú preferirías que solo estuviese mamá.

Una noche la escuchas por primera vez y te despiertas de golpe. No se repite, pero te asomas a la ventana de tu cabaña, el lugar donde has consolidado tu nueva independencia. Las luces de la casa de tus padres están

apagadas, el exterior es un abismo. Adentro los pósteres que has pegado son rectángulos negros e impalpables. Tu corazón continúa golpeando con fuerza y te empapas de sudor el pijama. No hay más que negrura y silencio, apenas el ruido de los grillos y las gallinas. Sabes que algo anda mal desde hace algún tiempo. Piensas demasiadas cosas y todas terminan ahogándote.

Hay un día en que no despiertas o decides no despertar. El límite de la voluntad es incierto en ese punto. Escuchas y ves a tu madre llamándote con un grito completamente exagerado, como cuando eras pequeña y sabías que habías cometido una falta grave. La ves avanzando hacia ti con los puños apretados y sientes un miedo terrible e infantil, algo tan poderoso que pareciera hacerte caer por una espiral de incompetencia. Eres impotente ante su avance, su llamado resuena sobre ti y tienes que asistir, todo tu cuerpo se pone de acuerdo para no permitirte nada más que esto. Cuando despiertas sientes que no has dormido nada. El sol apenas se alza en el horizonte, un naranja fulminante y helado.

Dedicas ese día a observarla. Es una mujer rolliza, de piel oscura, de manos firmes y dedos de uñas cortadas hasta el borde rosado. Tiene el pelo canoso y camina a pasos cortos y rápidos, lleva pantuflas en los pies cuando está en casa. Prepara el almuerzo sin sal para evitar la hipertensión. En las tardes bebe té con sacarina. No teme sacar a los gatos a patadas de la casa, pese a que los alimenta como si fueran sus pequeñas y regalonas mascotas. A diferencia de tus compañeros de la ciudad, la tratas de usted, igual como hiciste con tu padre y ahora con tu tío. Tan solo desde que estás en la universidad sabes que los adultos no lo son tanto, y que el respeto puede tener otras formas. Me ha costado dormir estos días, le dices.

¿Y por qué será eso?

No sé.

Quizás estás pasando mucho tiempo en el computador.

No creo que sea eso. Igual no hay nada que hacer.

Ya, ayúdame mejor, trae un poco de leña. Yo en la tarde te hago un tecito de melisa.

Siempre ha querido que dejes de utilizar el computador. Está en guerra con él. Pero ya es parte de tu vida, la mitad de todo lo que haces. El computador, el celular, las redes sociales, la vida que pasa allá lejos y que es común para todos



en las pantallas. Decides que no le ha ocurrido nada a tu madre y que existe la posibilidad de que estés teniendo una pesadilla recurrente. Te vas cuando llega tu tío.

Una noche aquella teoría se vuelve inaceptable y te levantas rabiosa de la cama. El frío te envuelve, los ojos se te cierran solos y te obligas a abrirlos. Buscas tu ropa abrigada, prendes las luces, observas la casa de tus padres desde la ventana. No hay movimiento ni señal de alguien despierto, pero estás segura de lo que escuchaste. Fue un ruido sólido y claro lleno de imaginaciones colindándolo. Decides salir. Te pones calcetines y zapatillas y prendes la linterna de tu celular. Pero cuando abres la puerta entra el viento helado y un escalofrío te recorre el espinazo. Sales a congelarte las mejillas y las manos, y empiezas a darte cuenta de que estás haciendo una estupidez.

Estás afuera, sola. Escuchas los pasos del perro, pero no lo ves por ninguna parte. Escuchas a las gallinas cacarear. Algunos animales hacen más ruido cuando les apuntas con la linterna. Caminas hacia la casa de tus padres. Te sientes patética, no sabes qué vas a decirle a tu madre si acaso te descubre caminando en la madrugada. Estás a quince metros, y después a diez, y entonces te detienes. La luz apunta al suelo, a la tierra, y tus ojos están en la casa, una gran sombra. Esperas el ruido o, al menos, algún movimiento. Bastaría eso para ponerte a correr. En cambio el frío comienza a apoderarse de tus pies y tu espalda y la casa cruje un poco ante la fuerza del viento.

Desandás todo el camino decepcionada y triste. No has solucionado tu problema. Salir solo te ha ofrecido la posibilidad de un resfrío y otra noche arruinada. Vas llegando a la puerta de tu cabaña y entonces la oyes de nuevo. Es un llamado agudo y molesto, es la voz de tu madre clamando por tu presencia. Un ruido gutural, distinto al de ella. Distinto de una forma que eres incapaz de especificar. Y llega desde otro lado, no desde la casa. Te das la vuelta y examinas el sector del que lo oíste. Ves las gallinas en el corral. Están demasiado despiertas, completamente activas. Y mirándolas caes en la cuenta.

No hay otra opción lógica, una de esas gallinas comparte voz con tu madre. No sabes si es el timbre o el tono, nunca has entendido mucho de música. Tampoco llamarías a aquel sonido de esa forma. De todas maneras, solucionaste la incógnita, sabes qué ocurre. Es algo rarísimo, hasta perturbador, pero ahora es algo conocido, y de todo lo conocido podemos llegar a reírnos alguna vez.

Te acuestas un poco más tranquila, pegas los ojos, y entonces la escuchas de nuevo. Tu madre con forma de gallina, tu madre con voz de gallina, la gallina como un ente autoritario.

Cuando despiertas vuelve a transformarse en un problema. La verdad es que no quisieras escucharla. No sabes qué hacer al respecto, pero tienes el tiempo y la energía para dedicar el día a averiguar de qué gallina se trata. Sales de tu cabaña y abor das el corral. Le dices mentalmente a la gallina que no hay forma de que se esconda, que la vas a atrapar tarde o temprano, y que todo sería mejor si profririera aquel llamado espantoso en ese mismo instante. Sin embargo, las gallinas no leen tu mente y continúan girando la cabeza con aspecto perdido y picoteando el suelo cada tanto. Te fijas en los gallos, ruidosos por excelencia, y tratas de inculparlos. Pero ahí es donde naciste, y sabes bien que los gallos no cantan así.

Las abandonas para ir a comer. No ayudas a tu madre con las tareas diarias porque en realidad no te necesita. No te ha necesitado desde que te fuiste a estudiar lejos de ella, y ahora que volviste has impuesto algo de tu forma de vida, consiguiendo evitar aportar mucho y conservar la mayor parte de los beneficios de ser una hija (o un hijo si prefieres, sabes bien que el sexo masculino está liberado de responsabilidades y lleno de atenciones). Después de la comida sacas tu única silla de la cabaña y la pones junto al corral. Te llevas un libro para disimular y te sientas toda la tarde junto a los animales ruidosos. En eso estás, dándole pequeñas repasadas al libro, cuando ves a tu madre salir y mirarte con curiosidad, reírse sola de ti y de lo que haces. Piensas en que nunca se han entendido mucho, que naciste diferente, introvertida, frágil, y todos siempre te miraron como si fueras algo rara.

Lo mismo sucede cuando reaparece tu tío por la tarde. Lleva su gorra de John Deere calzada sobre la cabeza y al quitársela se le ve el pelo aplastado. Su piel es anaranjada, casi roja, y ya ha comenzado a escurrírsele del cráneo de a poco. Sus ojos negros te dan una desconfianza terrible. La diferencia entre él y tu madre es que la reacción de ella te causaba pena y desequilibrio. La risa de tu tío te provoca asco y enojo.

Cuando el sol abandona aquella zona en que estás, el frío comienza a hacer imposible tu estadía y aún no has escuchado el llamado otra vez. Estás

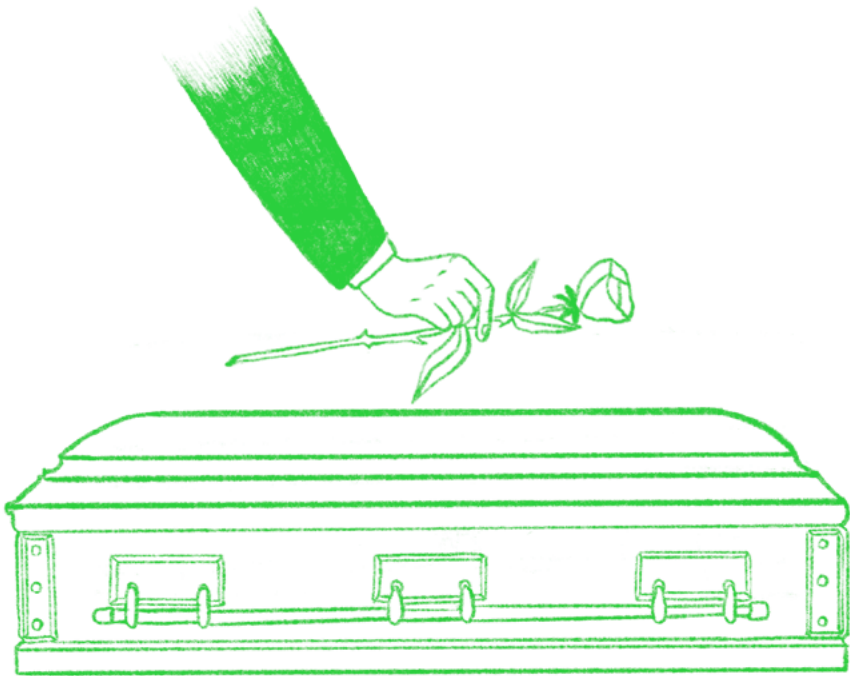
incómoda, tus glúteos sufren las molestias y tu espalda anhela el confort de la cama. Todas las gallinas se burlan de ti también. Te vas a dormir observando el suelo casi durante la totalidad del tiempo. No revisas ninguna pantalla esta vez, muy probablemente sentirás también las burlas de las personas que te ignoran, que tienen cosas más entretenidas que hacer que mirar gallinas toda la tarde.

Pasan un par de días vacíos. Corre el tiempo sin grandes ocurrencias. Lo único que sucede durante ellos es que tu nuevo estado anímico se solidifica. Ves tu hogar como una pequeña prisión, a tu madre y a tu tío como carceleros, a esas gallinas que empiezas a detestar como compañeros de celda. Piensas que fuiste mucho más feliz en la ciudad, aunque sabes bien que tampoco te encontrabas demasiado a gusto. Desde que te fuiste ya no perteneces a ninguna parte.

## **SOBRE DIEGO**

---

Diego Chacano Osses nació en Puente Alto, pero creció en Concepción. Desde la enseñanza básica ya usaba varios de sus recreos visitando la biblioteca de la escuela. Estudió en el colegio Montaner de Hualpén y después en el colegio Salesianos, donde hizo la educación media. Se recibió de psicólogo en la Universidad de Concepción en 2020. Actualmente cursa un posgrado en psicología comunitaria y de la educación en Italia y escribe durante el tiempo libre.



---

# Funerales

Sofía Troncoso Undurraga

No voy al funeral. No lo conozco tan bien como creía, y no creo que sea adecuado ir al funeral de alguien que no conoces. Es de mal gusto, igual que morir en verano. Escuché a alguien decir eso alguna vez. Sé todo sobre estas cosas: la muerte me persigue, pero siempre la esquivo. No voy a funerales para no tener que morirme pronto, por si me pilla por ahí y me quiere llevar también. Tampoco mando flores. No hago nada ni veo a nadie; esos días pretendo que no existo.

El teléfono no para de sonar, pero yo no contesto. Gente que no conozco que insiste en llamarme. No sé dónde consiguen mi número. Insisten e insisten como si no existiese la privacidad. Lo sé porque antes les contestaba, hablaba un poco con ellas (siempre son ellas) y luego les agradecía la preocupación y les mandaba saludos a mis primas. De vez en cuando me pilla desprevenida una llamada y escucho sus voces acusadas a través de teléfono preguntándome si todo está bien. Les digo que sí, que estoy haciendo el aseo. Las escucho decir para sí *pobrecita* y luego seguir preguntándome lo que estoy haciendo con la voz fétida y moribunda a través del teléfono. Cómo puedo esquivarlas si es tan sorpresivo. Nunca sé de qué hablan. No sé a qué se refieren. No sé qué han perdido tanto que sus voces se transforman. No sé cuándo me han visto y cuándo no. El teléfono no para de sonar, y no para de sonar. Se supone que yo no existo. Siempre estoy de vacaciones, me digo a mí, aunque nunca vaya a ningún lado. El teléfono no para de sonar y yo no puedo seguir evitando el ruido. No los conozco. No los conozco. No entiendo por qué me llaman.

Los funerales en verano son de mal gusto. No entiendo la manía de las personas de morir en verano: no hay ropa elegante para un velorio y menos para un funeral. Sé de estas cosas: las diferencias, los distintos cultos y ritos, pero no pierdo la cabeza por las lejanías de eventos a los que nunca iré. Las muertes pierden sentido en verano. El tiempo de un solo día caluroso es estirado en tres meses sin sentido. En esta ciudad todo es extendido hasta lo absurdo. El tiempo nunca se quiebra. No hay escapes. Y siempre estoy ocultándome, siempre. En

esta ciudad nunca existo. El teléfono suena en esta ciudad sin parar. Los días se estrechan y se alargan. El teléfono suena sin parar. Esta ciudad es el infierno en verano y el infierno en invierno. En esta ciudad creo que ya no conozco a nadie. *Disculpa, a veces quiero hablar de algo y termina como un lamento.* En esta ciudad yo no pertenezco, pero no sé si pueda aguantar salir de acá. No sé cómo podría irme. No sé cómo alguien podría verme. No sé cómo ese teléfono no para de sonar.

*Lo hiciste, no puedo creer tu cobardía.* El teléfono no suena como antes. *No puedo creer que no estás acá, al menos dígnete a aparecer en el entierro.* *No nos hagas esto.* Lo dejo sonar solo hasta que ya no pueda más. *Somos tu familia.* Lo miro desde lejos mientras hago otras cosas porque no soporto que suene tantas veces. *Somos tu familia, hemos sufrido tanto, somos lo único que tienes. Tienes que arreglar esto, apúrate, ven, apúrate.* De pronto deja de brillar la pantalla y puedo volver a meterlo en el cajón donde estaba antes. Yo no sabía por qué me llamaban tanto. Ya les había dicho que no iba al funeral, o eso entendí cuando lo pensé. No quiero ir al funeral, les dije en mi cabeza, o en persona, o quizá las llamé. Es muy difícil para mí recordar las cosas. Creo que así soy yo. Creo que cada vez que intento algo todo sale mal. Creo que intento hacer algo bueno, y sale todo enfermo. Creo que así soy yo, un lamento. Eso piensa mi hermana y aún así me llama. No sé qué será de ella, pero la recuerdo: su cabello en dos trenzas y su voz tenaz diciéndome puras cosas que no entiendo, con ella ahí, llorando mientras me habla como si armara murallas alrededor nuestro que no puedo destruir. Su voz tenaz en mi cabeza explicándome sobre alguien, acarreado una carga enorme siendo tan chica, siendo nosotras tan chicas. Yo sí voy a ese funeral y hablo frente a todos. Yo voy y no lloro en ningún momento, pero puedo ver a todos enfermado a medida que hablo. Quería hacer una carta de amor, quería decir que la quería, pero todo salió enfermizo. Creo que así soy yo. Creo que esa soy yo. Veo a todos retorcerse. Veo tanto dolor. Mi mamá no está. No sé dónde está. Mi papá se deshace en lágrimas. No sé qué le pasa. De pronto dejo de ver las caras y solamente veo trajes y vestidos cortos negros. Qué mal gusto morir en verano. Qué mal gusto. Cuando todo termina me voy y me oculto bajo una mesa que luego se llevan. No entiendo nada de ahí en adelante. Vuelvo a mi casa y mi papá no sabe qué hacer. Me hace un pan con queso. Se pone a llorar mientras lo hace. Mi hermana le ayuda. Yo veo todo

borroso desde que me paré en la tarima. Yo no lloro. Pero ya nada recuerdo, y eso que yo era brillante. Yo era la promesa de la familia y ahora no recuerdo nada. Repito todo, pero no recuerdo nada. Creo que así soy, que así me hicieron. El teléfono suena otra vez y ya está oscuro afuera. Pienso si se estará acabando el verano. *Lo hiciste*. No sé por qué contesté a esa voz tenaz. *No puedo creerte, eres imposible de creer*. No sé qué está diciendo. Le digo que no la escucho bien y le corto. No voy a escuchar a una desconocida con ganas de retarme por cosas que no he hecho. No fui al funeral, no he hecho nada mal esta vez. No dije nada; por suerte nada suena como lamento ya. No hay cartas de amor. Sale todo como una enfermedad. Sale todo como un vacío. Le intento decir algo bueno y sale como un grito que llevaba oculo. Siempre estoy oculta, pero prefiero decir que estoy de vacaciones.

\*\*\*

Mi hermana me observa desde las esquinas. Es fuerte y escurridiza como una deportista de alto nivel. Quiere que la pille mirándome para yo salir a buscarla y correr tras ella porque sabe que me va a ganar. Ella es más grande que yo, aunque todos piensan lo contrario: se porta como cabra chica todo el tiempo. Tiene una voz fuerte. No duda nunca en decir lo que piensa y quiere. Siempre quiere algo. Quiere que yo la persiga para que juguemos a las pilladas así que, apenas descubre que yo, también, la he estado observando, salta como un trampolín y corre hacia el futuro. Baja corriendo por las escaleras con sus trenzas de pelo negro, negro como el mar, que rebotan con cada salto. La sigo detrás, olvidé los libros, olvidé las tareas. Dejé los lápices girando solos sobre el escritorio donde los pies me cuelgan de la silla. Mariana corre hasta la cocina para refugiarse de mi persecución en el delantal de mi mamá, aunque bien sabe que ella lo provocó. Está hirviendo pollo. Va a hacer sopa. Mamá nos reta, no quiere que estemos jugando alrededor de fuego y agua hirviendo, pero es su voz la que está hirviendo. Algo sucede que ya no puedo recordar: me concentro en los remolinos negros del pelo de la Mariana. Le dicen que no puede comportarse así con la edad que tiene; tampoco tiene que molestarme. Soy tímida con mi madre, no le digo que solo estamos siendo niñas, que ella es solo una niña, y yo también, pero de ahí todo recuerdo se diluye como un torrente asqueroso. Comemos sopa de pollo, pastosa, llena de vegetales, mientras miro

a mi hermana en la mesa. Mariana nos puede salvar a todos, estoy segura. Lo pienso y digo todo el tiempo. Es fuerte, obstinada, y sabe hablar. Cuando lo hizo le pegaron una cachetada. Se calló por un rato, pero al día siguiente volvió a lo mismo. Me observó desde las esquinas mientras yo hacía tareas. A ella no le mandaban tantas, no le tenían tanta fe. Pensaban que yo sería algo distinto, yo quizá podría, pero no pude. Me empecé a ir durante las pausas en las frases de otros hasta que ya no importaba si me hablaban o no. Silencio. En mi cabeza había silencio, y un gran sopor. Mariana nos puede salvar a todos, pero no puede salvar todo por más que corra y juegue. *Ya, corre conmigo, corre por mí*, me decía. *Bueno, correré por ti y te voy a pillar*, le mentía. Nunca la pillé por más que exigiera a mis piernas la velocidad del rayo. Y, sin falta, el trueno de la palma contra la mejilla de ella. Cuando la gente aplaude no puedo evitar verlo frente a mí. Cuando la gente chasca los dedos no puedo evitar sentir el silencio de mi hermana. Cuando tomo sopa de pollo hay una mezcla del dolor que siempre vi y nunca sentí. Nunca hizo que nos diera lástima. Siempre aguantó el castigo. No recuerdo mucho de eso, no recuerdo mucho a mi mamá. Un delantal y una sopa de pollo, un *te quiero mucho*, pero sin recordar si había respuesta, o si estuvo esa seguidilla de palabras, una figura que no calzaba en mis memorias. ¿Acaso era mamá esa que cocinaba? ¿Por qué cocinaba? Debería haber estado haciendo otra cosa en otro tiempo u otro espacio. Éramos chicas con la Mariana. Nunca sé de ella excepto cuando me pide seguirla a algún lado. No quiero ir, ya te dije, no quiero ir.

Por muchos años le pregunté cosas que ella nunca entendió. Le hice entender que no entendía nada de lo que estaba pasando. Luego le relataba esto mismo, y me decía que esa no era nuestra mamá. ¿Cómo que no era la mamá? le pregunté una vez. Me dijo que no entendía nada porque mi mente parecía adormecida. ¿Qué es eso? le pregunté otra vez. Te afectó mucho, dijo, de algo que no tengo idea. Esa mujer que le pegaba a mi hermana no era mi mamá. Nos hacía el almuerzo cuando nos cuidaba. Nos retaba porque hacíamos ruido. ¿Dónde estaba mi mamá entonces? ¿Dónde? Quiero saber, necesito saber. Trenzas azabaches con remolinos, un delantal y sopa de pollo. *Corre por mí y correré por ti*. Una cachetada cada vez que jugábamos, o quizá fue una vez y yo pensé que



así era siempre. No la voy a llamar, pensé, porque me va a hablar otra vez de lo terrible que soy. Yo no sé qué hice. Yo quiero respuestas de todo esto. Yo quiero correr hacia el pasado.

No sé si sé correr, no sé dónde estoy, no sé lo más mínimo, ni sé cómo me apodaba mi hermana. Sé que ella era la Mariana, pero ¿y yo? Qué amargo es el recuerdo. Cuando chica era brillante. Me habría quedado ahí siempre.

\* EXTRACTO DE LA NOVELA «FUNERALES»  
DE SOFÍA TRONCOSO

### **SOBRE SOFÍA**

---

Sofía Troncoso Undurraga (Santiago, 1997) creció en la ciudad de Antofagasta. Estudió Licenciatura en Artes y Humanidades en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Desde niña presentó intereses en la narración, comunicación y en variadas expresiones artísticas. Actualmente está trabajando en diversos proyectos de escritura. Este fragmento forma parte de lo que será su primer libro.



© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio  
Prohibida su venta y reproducción.

[www.cultura.gob.cl](http://www.cultura.gob.cl)

[www.premiosliterarios.cultura.gob.cl](http://www.premiosliterarios.cultura.gob.cl)

## GANADORES Y GANADORAS

---

### Categoría A

#### cuento

Benjamín Miranda Naranjo  
*Negrura total*  
Ganador

Francisco Dougnac Yáñez  
*¿Realmente un detective  
resuelve por deber?*  
Mención honrosa

Maite Castro Manosalva  
*Confusión*  
Mención honrosa

Millaray Pino Guzmán  
*Mala memoria*  
Mención honrosa

#### poesía

Emilia Mateluna González  
*Prisma de la suerte*  
Ganador

Martina de la Vega Nieto  
*Pensamientos de una  
loca desvelada*  
Mención honrosa

Victoria Triviño Ramírez  
*Hogares Cortados*  
Mención honrosa

Antonia Améstica Vassart  
*Tal vez pude dormir*  
Mención honrosa

### Categoría B

#### cuento

Diego Chacano Osses  
*El llamado materno*  
Ganador

Benjamín Escobedo Cortés  
*Prohibido Hablar*  
Mención honrosa

Florencia Rabuco Quiroga  
*Violentas*  
Mención honrosa

Vera Zepeda Montenegro  
*Habitaciones*  
Mención honrosa

#### poesía

Valentina Sarmiento Adasme  
*Levanto animitas en cada frontera*  
Ganador

## PREMIO ROBERTO BOLAÑO

---

Manuel Boher Varela

*La mano negra*

Mención honrosa

María José Aravena Méndez

*Letargo y cautela*

Mención honrosa

Daniel Medina Lillo

*Altay*

Mención honrosa

novela

Sofía Troncoso Undurraga

*Funerales*

Ganador

Héctor Morales Vergara

*Bosquejos desde Tamaya*

Mención honrosa

María Paz Hales Gajardo

*Yanki*

Mención honrosa

Daniilo Pineda Benavides

*El cartero*

Mención honrosa

## CRÉDITOS

---

**Ministro de las Culturas, las Artes  
y el Patrimonio**

Jaime de Aguirre Höffa

**Subsecretaria de las Culturas y las Artes**

Andrea Gutiérrez Vásquez

**Secretaria Ejecutiva del Consejo Nacional  
del Libro y la Lectura**

Claudia Toro Caberletti (s)

**Programa Premios Literarios**

**Consejo Nacional del Libro y la Lectura**

Mariano Tacchi Droguett

Carolina Munita Nafm

Isabel Suárez Escobar

**Dirección de Arte Ministerio de las Culturas,  
las Artes y el Patrimonio**

Soledad Poirot Oliva

**Diseño y Diagramación**

Minigolf Deportivo · Francisca Osses

**Ilustración**

Constanza Salazar · @cuantasconstanzas

**Edición**

Daniela Escobar · Ediciones Overol

**Correctora de Estilo**

Kati Lincopil

**ISBN:** 978-956-352-421-5



© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio  
Prohibida su venta y reproducción.

[www.cultura.gob.cl](http://www.cultura.gob.cl)

[www.premiosliterarios.cultura.gob.cl](http://www.premiosliterarios.cultura.gob.cl)

